

# **Contradicciones del desarrollo regional polarizado. El papel de la agricultura en la microrregión Lázaro Cárdenas**

Alfredo R. Pucciarelli

## **Introducción**

Las inversiones realizadas en el entorno inmediato de Ciudad Lázaro Cárdenas entre 1973 y 1980 han provocado un notable aceleramiento del ritmo de crecimiento urbano. Gracias a ello, la antigua cabecera municipal de Melchor Ocampo, un pueblo rural que albergaba en 1970 a menos de 5 mil habitantes, dedicados en su mayoría a las actividades agrícolas en el ejido del mismo nombre, triplicó su población cinco años después y comenzó la década de 1980 con una población estable superior a los 60 mil habitantes. El avance del complejo portuario-industrial la ha convertido ahora en una ciudad de crecimiento desordenado pero vigoroso, en el centro de una constelación de pequeños núcleos satelizados, en el motor de un nuevo conglomerado urbano que contiene más de 100 mil personas.

La presencia extemporánea de nuevas actividades no agrícolas y la convergencia de fuertes corrientes migratorias, localizadas en un área escasamente poblada y aislada hasta hace poco tiempo del territorio nacional, ha abierto nuevamente en México la reiterada problemática del desarrollo polarizado y de sus efectos económicos, sociales y territoriales. Una estrategia impulsada deliberadamente por el Estado, que contiene una enorme variedad de problemas insuficientemente analizados todavía; problemas que pueden ser agrupados inicialmente alrededor de dos grandes cuestiones: una referida a la lógica de desarrollo del nuevo núcleo industrial urbano y otra que reúne el conjunto de transformaciones, deformaciones, resistencias y oposiciones que la presencia dominante del conglomerado urbano industrial produce o induce en el nuevo ámbito regional.

Los estudios realizados sobre la zona conurbada de la desembocadura del río Balsas se han ocupado escasamente de las cuestiones regionales en sus distintas dimensiones. Preocupados por desentrañar la naturaleza de

los problemas que trae aparejada la construcción de una nueva ciudad en circunstancias tan particulares, no han podido dejar de corroborar lo que parece ser un resultado no buscado de esta estrategia de desarrollo: el conglomerado urbano industrial, diseñado para provocar, entre otras cosas, un conjunto de transformaciones modernizadoras en su ámbito regional, vuelve sus espaldas al entorno social que lo rodea y se convierte en una especie de enclave, una microestructura social que vive y se retroalimenta casi exclusivamente de sus relaciones de intercambio con diversos contextos extrarregionales, nacionales y extranjeros.

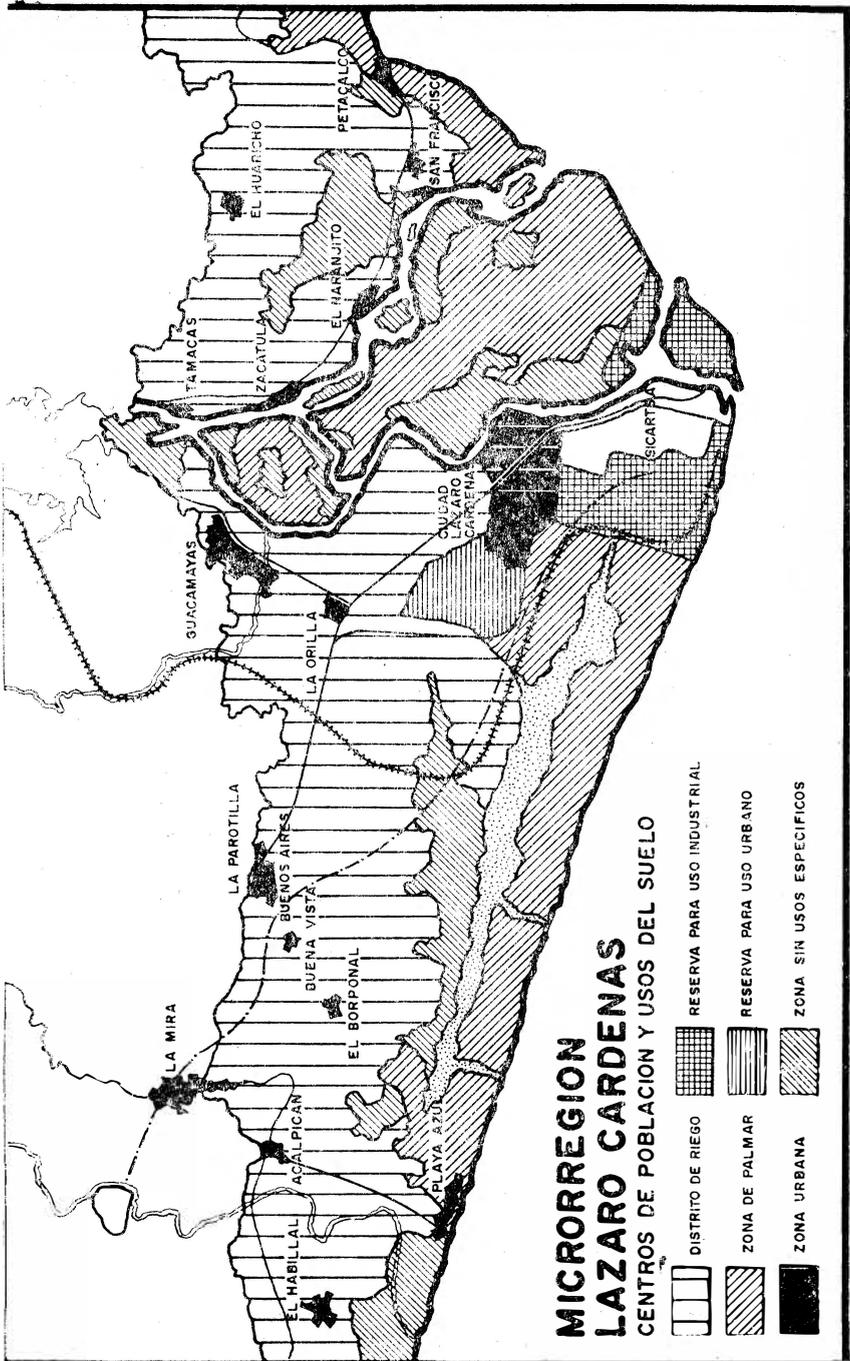
En este artículo no pretendemos confirmar ni profundizar la evidencia de tal fenómeno, al cual ya se han referido otros autores. Nos interesa, en primer lugar, describir algunas características del entorno regional y microrregional y analizar, en segundo lugar, la incidencia que ha tenido el enclave en las modificaciones producidas en la estructura social agraria. Trataremos de mostrar que la lógica del enclave no es impotente para promover cambios, como tantas veces se ha afirmado, sino que en algunas circunstancias cuando los promueve llega a condicionarlos de tal modo que cierra toda posibilidad de articular la economía y el espacio regionales.

Muchas de las caracterizaciones que presentamos en forma resumida han sido tomadas de una investigación colectiva más amplia, en cuyo texto puede hallarse la justificación estadística correspondiente.<sup>1</sup>

## 1. La configuración del territorio

La delimitación del ámbito regional en el cual se incluye el conglomerado de Lázaro Cárdenas debe tener en cuenta tres fenómenos que suponen a la vez tres dimensiones diferentes de la nueva configuración territorial. El primero coincide con la habilitación del distrito de riego J. M. Morelos, una enorme inversión en infraestructura agrícola superpuesta a las inversiones industriales, que pretende habilitar para el desarrollo de nuevos cultivos intensivos unas 15 mil hectáreas de tierras de labor ubicadas a ambos lados de la desembocadura del río Balsas. Esta fracción del territorio constituye el espacio rural contiguo al enclave portuario-industrial; por ello reúne en un mismo contexto las transformaciones que surgen del aumento potencial de los recursos naturales destinados a la agricultura y

<sup>1</sup> Se trata de una investigación realizada en 1980 por cuenta de CONURBAL, en colaboración con Jorge Padua y Francisco Zapata. Se redactó un primer informe que contiene análisis sobre la evolución demográfica, la estructura agraria, la infraestructura social, la organización social de las comunidades rurales y la dinámica regional.



los cambios inducidos por el conglomerado urbano en su entorno social inmediato. La denominamos *microrregión de Lázaro Cárdenas*.

El segundo toma en cuenta el crecimiento acelerado del complejo turístico de Ixtapa-Zihuatanejo, ubicado en el extremo opuesto de la fracción nororiental de la costa grande de Guerrero. Este núcleo está destinado a ejercer en el futuro inmediato una serie de influencias sobre su contorno inmediato relativamente similares, pero en menor escala, a las del conglomerado de Lázaro Cárdenas. Gracias a la expansión de las obras de infraestructura inauguradas a fines de la década pasada, esa franja de la costa quedará bajo la doble influencia de ambos entornos polarizados. La denominamos *subregión de la Costa*.

El tercero asume la definición de región realizada por los organismos técnicos del Estado y reúne los cinco municipios que rodean los dos entornos polarizados y sus respectivas áreas de influencia. Es la base de un proyecto estatal de articulación regional, un caso típico de "región plan", un espacio heterogéneo delimitado para localizar un programa de inversiones y servicios complementarios que se ha llevado a cabo de manera muy parcial. Surge de ese modo, como veremos enseguida, otra subregión, la montaña, agregada a la de la costa y un ámbito regional que engloba a ambas. La denominamos *región polarizada de Zihuatanejo-Lázaro Cárdenas* y cubre el mismo espacio físico y social que dio lugar a la demarcación de la zona conurbada de la desembocadura del río Balsas.

En otro trabajo hemos demostrado que la economía agraria de esta región es una de las más atrasadas del país.<sup>2</sup> Si exceptuamos el área de cultivos permanentes localizada en las inmediaciones de los dos conglomerados urbanos, el desarrollo polarizado no parece haber estimulado la expansión de la frontera agrícola ni el aumento de la escasa producción existente. Producto de un aislamiento físico y social heredado de tiempos inmemoriales, la población rural no ha podido superar todavía los enormes obstáculos físicos que le opone el territorio, ni aprovechar de manera adecuada los pocos recursos naturales ubicados en las áreas ecológicamente favorables. Históricamente condicionada por estos factores y por la rigidez de una estructura social arcaica, la mayor parte del campesinado se asienta en parcelas minifundistas de temporal, donde aún predomina la producción de subsistencia, realizada con criterios atrasados y depredatorios de uso del suelo, arraigado tradicionalismo tecnológico y muy bajos rendimientos de la tierra y el trabajo.

Cuando esto ocurre, la ocupación del territorio y la localización de los asentamientos humanos dependen mucho más de los accidentes naturales que de los procesos de trabajo destinados a aprovecharlos. Por ello, en la subregión de la montaña, la orientación de la producción y la distribución de la población han tratado de adaptarse en gran medida a las condicio-

<sup>2</sup> Alfredo Pucciarelli, "Estructura social agraria de la región polarizada Zihuatanejo-L. Cárdenas", en *Revista de Economía y Demografía* núm. 52, El Colegio de México, octubre-diciembre de 1982.

nes impuestas por la presencia dominante de los grandes macizos de la Sierra Madre del Sur, que se desplaza en forma paralela a la línea de la costa y cubre la enorme mayoría de la superficie regional. La agricultura se asienta principalmente en los valles de la alta montaña, alrededor de pequeños centros rurales, en su mayor parte rancheríos incomunicados, donde aparecen los síntomas más agudos del estancamiento, el aislamiento físico, la pobreza campesina y el atraso sociocultural. La subregión de la costa es, en cambio, un área completamente accesible. Compuesta por una delgada franja de terrenos planos y semiplanos que contienen mejores recursos para la agricultura, está siendo incentivada por el crecimiento del complejo portuario industrial, por la expansión del complejo turístico y por la implantación de una nueva infraestructura destinada a vincularla con el resto del país.<sup>3</sup> Por esa razón, allí se ha concentrado durante los últimos quince años la casi totalidad de los asentamientos urbanos y la mayor parte de la población regional. El espacio se halla en un importante proceso de reorganización y la estructura social ha comenzado a dar síntomas de modificación, aunque los efectos inducidos por las inversiones del Estado en el medio rural no se ven muy claros todavía. Por otra parte, la casi totalidad de esas transformaciones se ha concentrado en los entornos agrícolas circundantes a los dos grandes conglomerados urbanos.

Para calibrar la naturaleza de las nuevas exigencias que impone la estrategia de desarrollo polarizado y las características de las respuestas del sector agrícola, analizaremos la microrregión de Lázaro Cárdenas, área donde las grandes inversiones en infraestructura, la expansión del mercado de trabajo urbano y la introducción del agua en las antiguas explotaciones, está mostrando los primeros síntomas de una nueva contradicción entre las necesidades de crecimiento sectorial y las posibilidades de integración regional.

## 2. La evolución del conglomerado urbano en la microrregión de Lázaro Cárdenas

La noción de *microrregión* ya ha sido utilizada en otros trabajos referidos a nuestro ámbito de análisis. En uno de los primeros —cuando la preocupación dominante era todavía el estudio sectorial urbano—, se la ubicaba dentro de los límites jurisdiccionales del municipio de Lázaro Cárdenas, debido a que en él se concentraban o convergían casi todas las

<sup>3</sup> Para un análisis exhaustivo de las diferencias fisiográficas y ecológicas de la región, véase Nextia, S.A., *Plan ecológico de la zona conurbada del Río Balsas*, México, 1980, mimeo; también, Nextia, S.A., *Estudio del uso actual del suelo*, México, 1981, mimeo.

grandes inversiones ejecutadas por el gobierno federal.<sup>4</sup> El proceso de urbanización que ello trajo aparejado tomó la forma de un conjunto interrelacionado de localidades, con el centro en Ciudad Lázaro Cárdenas, que se expandió hacia la banda opuesta de la desembocadura del río Balsas, orillando la costa del Pacífico hasta el centro pesquero de Petacalco, en el Estado de Guerrero. La intensificación de flujos e intercambios interurbanos en este conjunto condujo a la definición de la *microrregión* como sistema de centros conurbados, un criterio que insistía en privilegiar correctamente los cambios producidos en las ciudades, pero sin tener en cuenta todavía la capacidad potencial transformadora que estaba a punto de desarrollarse en el medio rural. Ésta comenzó, en efecto, a producirse con la habilitación parcial del distrito de riego en el año 1976. A partir de ese año, el remplazo gradual de la tradicional agricultura temporalera por una cultura de riego que implica necesariamente la modernización de las técnicas de cultivo, va dotando de una nueva fisonomía al espacio rural que se agrega a los cambios anteriores de la estructura urbana.

Este doble fenómeno nos obliga a redefinir el concepto de microrregión yuxtaponiendo al sistema conurbado de centros urbanos la fracción del territorio enmarcada por los límites del distrito de riego. Por ello se agrega en el cuadro 1 (los cuadros figuran al final del artículo) un grupo adicional de localidades no contemplado en análisis anteriores. Constituyen un conjunto de pequeñas comunidades donde la población y sus actividades no integran la microrregión en función de su participación dentro del sistema conurbado, sino por su capacidad de convertirse en el entorno rural microrregional del conglomerado urbano.

Así considerada, la evolución de la localización demográfica en la microrregión parece repetir la historia de las regiones atrasadas afectadas súbitamente por el desarrollo de una economía de enclave. Hasta el comienzo de la década de 1960 la población se halla dispersa en el territorio aunque agrupada en torno a un conjunto de pequeñas localidades rurales, pequeños núcleos ejidales y rancherías que suman apenas 7 500 habitantes. A pesar de ello su ritmo de crecimiento es intenso, lo cual obedece a las importantes modificaciones que la reforma agraria y la introducción de la palma provoca en las antiguas economías campesinas nacidas del desmembramiento de la Hacienda La Orilla. Los nuevos ejidatarios, surgidos de la intensificación del reparto agrario en la década de 1940, comienzan a fijarse en sus parcelas, combinando por primera vez el cultivo de autosubsistencia con la explotación comercial del ajonjolí y la copra. Ciertas localidades, si bien mantienen su carácter predominantemente rural, comienzan a generar en su seno algunas actividades no agrícolas vinculadas especialmente al incipiente intercambio mercantil que impone la comercialización de la copra. Junto con la expansión de las economías campesinas ejidales surgen los “pequeños propietarios” privados, nuevos

<sup>4</sup> CONURBAL, *Plan de ordenación de la zona conurbada de la desembocadura del Río Balsas*, versión abreviada, México, 1979.

sujetos que comienzan a controlar extensas superficies de palmares en las mejores tierras y voluminosos planteles de ganado vacuno destinados a mercados extrarregionales. Emerge también junto con ellos la infaltable capa de comerciantes usureros, el germen de una burguesía regional en ascenso, la base del caciquismo local, una forma de poder que se alimenta del atraso campesino y el aislamiento físico-social de la región.<sup>5</sup>

Aislada, pero en crecimiento, la microrregión comienza a recibir los primeros impactos externos con la construcción de la presa hidroeléctrica a mediados de la década de 1960. Surgen los primeros campamentos de obreros industriales y el cambio del rango urbano de Lázaro Cárdenas y Las Guacamayas, los dos asentamientos destinados a albergar la mayor parte de la migración no campesina que se dirige a la zona. En 1970 la población total de la microrregión alcanza casi los 25 mil habitantes, cifra que significa un incremento porcentual del 233% respecto a los 7 500 del año 1960. Pero la inmensa mayoría de los nuevos volúmenes de población se concentra en el futuro conglomerado urbano de Lázaro Cárdenas, que pasa a representar del 45.7% al 68% del total microrregional. La población rural del resto de la microrregión muestra, en cambio, una sensible disminución de su ritmo de crecimiento: sólo 2 mil nuevos habitantes se incorporan en diez años, síntoma del agotamiento del tipo de crecimiento agrícola basado en la monoproducción de la copra y de los primeros movimientos migratorios rural-urbanos intra-microrregionales. La microrregión va absorbiendo, además, casi todo el peso demográfico de los dos municipios que la contienen; pasa del 26.7% al 51.8% entre 1960 y 1970, y llega a concentrar casi el 25% de la población total regional.

A pesar de todo lo anterior, los cambios profundos, el salto definitivo, la ruptura total con la historia anterior, comienza en la década de 1970. A partir de esa fecha se inicia la sucesión de inversiones que cambiarán definitivamente el perfil territorial económico y social del área. En 1971 se inaugura la primera ruta pavimentada que comunica el delta del río Balsas con el Valle de Tecaltepec; en 1973 el camino costero que une Lázaro Cárdenas con Zihuatanejo y, a través de él, el aprovechamiento del aeropuerto y la regularidad de los vuelos comerciales. Esta posibilidad de conexión intra y extrarregional a la que se suma la inauguración del ferrocarril Lázaro Cárdenas-Puruandiro (1979) se redefine y cobra nuevo sentido con las inversiones productivas realizadas en el conglomerado urbano. En 1976 se inaugura la primera etapa del complejo siderúrgico; comienza a operar el puerto para cubrir las necesidades de la industria; en 1980 comienza la instalación de una planta de fertilizantes y, últimamente, el desarrollo del proyecto estatal más ambicioso: la construcción de un gran puerto industrial, cuyos alcances no son conocidos todavía. El enorme crecimiento del mercado de trabajo que acompaña la concen-

<sup>5</sup> Para una descripción detallada de las distintas modalidades de arrendamiento en el distrito de riego, véase Christian Mercier, *Urbanización et changement social dans un ejido irrigué de la cote pacifique mexicaine*, México, 1979, mimeo.

tración espacial de las inversiones tiene su inevitable correlato demográfico.

La microrregión aumenta casi cinco veces su población total en un período de ocho años, pero en ese proceso la diferencia entre la ciudad y el campo dentro de su contexto adquiere características mucho más radicales. Se consolida la estructura polarizada. Lázaro Cárdenas se convierte en una ciudad que, junto a sus satélites, llega a absorber la totalidad del movimiento migratorio y alcanza casi los 80 mil habitantes, mientras que el campo, aún favorecido por la inauguración del distrito de riego en 1976, mantiene un bajo ritmo de crecimiento vegetativo. El conglomerado urbano de Lázaro Cárdenas reúne en 1980 casi el 90% de la población microrregional y el 42% de la región, mientras que el resto de las localidades incluidas en ella no han podido superar todavía el umbral mínimo de los 2 mil habitantes. La población continúa dispersa pero ya no crece; la crisis de las economías campesinas tradicionales, el acaparamiento especulativo de tierras, la inmovilidad de la frontera agrícola, el abandono de parcelas, el bajo nivel de vida en el campo, etcétera, producen en todo caso lo contrario: la emigración hacia el conglomerado urbano, las nuevas formas de marginalidad social, el empleo transitorio y la habitación en las nuevas ciudades perdidas que crecen intensamente en la periferia de las ciudades.

La avalancha migratoria producida alrededor de 1976 provoca una transformación radical de la estructura ocupacional anterior. La PEA dedicada a la agricultura muestra un bajo ritmo de crecimiento vegetativo. En términos absolutos muestra cambios insignificantes respecto al período anterior. En términos relativos su descenso es, en cambio, espectacular. En las localidades rurales disminuye su participación del 88% al 51%, un claro síntoma de que el cambio registrado con la PEA se relaciona básicamente con la ocupación industrial y de servicios en los alrededores de Lázaro Cárdenas. En efecto, según datos recogidos en otro trabajo<sup>6</sup> se estaría produciendo una forma particular de "migración remplazo", proceso social por medio del cual campesinos ejidatarios abandonan sus parcelas y la agricultura para colocarse como asalariados en los otros sectores pero sin abandonar sus pueblos de origen; para ello ceden su pequeño espacio rural a nuevos migrantes rurales en busca de tierras, "avecindados" que arriendan, trabajan a medias o "compran derechos" de los antiguos ejidatarios. Esto explica el hecho de que la ocupación en la industria y servicios haya crecido hasta el 30% en un conjunto de pequeños pueblos que todavía no superan los 2 mil habitantes cada uno.

En las localidades del conglomerado, la migración por remplazo parece no ser significativa dentro de las actividades agrícolas. En cambio, ha comenzado a acelerarse la descomposición de la familia campesina, un

<sup>6</sup> Alfredo Pucciarelli, "La cuestión agraria", en Padua, Pucciarelli y Zapata (eds.), *Recursos humanos y desarrollo de la comunidad en la zona conurbada del río Balsas*, México, 1981, mimeo.

viejo núcleo de producción y consumo que se debilita con la incorporación de los hijos adultos al trabajo asalariado en otras actividades urbanas. Allí la población agrícola creció un 30% en ocho años, fenómeno similar al del resto de la microrregión. Pero, por esa misma razón, su peso relativo en el conjunto se ha vuelto casi insignificante pues sólo ocupa el 6.3% de la PEA. Los antiguos campesinos agricultores que no han sido expropiados por los organismos federales para facilitar el crecimiento de la mancha urbana o la construcción del puerto, parecen continuar ocupando su lugar al frente de sus parcelas. Pero han sido invadidos por la nueva masa de población que ha cambiado la fisonomía de la ciudad. En efecto, las actividades industriales se muestran absolutamente predominantes: reúnen el 61.6% del total, aunque esa cifra es, como veremos, ciertamente engañosa, puesto que oculta el fenómeno generalizado de la inserción precaria y accidental en el mercado de trabajo de una buena parte de las 17 850 personas que declararon pertenecer a esa rama de la producción.

Por otra parte, la distribución de la ocupación por sector en cada localidad confirma estadísticamente un hecho que resalta con claridad mediante la observación directa: el carácter centralizado del pequeño sistema de ciudades que se incluye en el conglomerado urbano. En Lázaro Cárdenas habita y trabaja el 66% de la PEA. Las Guacamayas reúne una cantidad mucho menor, pero no menos del 80% de su PEA desarrolla sus actividades dentro o en las proximidades de la cabecera municipal y es a la vez una especie de ciudad dormitorio para las clases de menores ingresos. La Mira mantiene un volumen significativo de población campesina que representa todavía el 30% de la PEA; sin embargo, el grupo de trabajadores industriales y empleados del sector servicios que se desplaza diariamente a Lázaro Cárdenas no significa menos del 50%. Otro tanto ocurre en Playa Azul, donde, además, la significativa disminución al 13% de los trabajadores agrícolas se compensa con un crecimiento de los empleados en servicios turísticos dentro de la localidad.

El conglomerado se expande, entonces, para satisfacer la demanda habitacional generada por el crecimiento de la ocupación en la única ciudad motriz de la constelación de núcleos satelizados. Pietri demostró que en 1975 sólo una pequeña proporción de los nuevos contingentes urbanos proviene del entorno microrregional y aun regional, un área escasamente poblada que, por otra parte, no ha perdido población en los últimos 20 años.<sup>7</sup> También puso de manifiesto que la inmensa mayoría del aluvión migratorio está compuesta por ex campesinos seguramente expulsados de sus tierras en regiones distantes, igualmente deprimidas pero mucho más densamente pobladas; campesinos que han dejado de luchar agotados por la erosión, la falta de recursos, la sobreexplotación y el fraccionamiento minifundista. Es posible que en su historia inmediata se encuentre la

<sup>7</sup> René Pietri, "Los hombres y el espacio", en F. Zapata *et al.*, *Las Truchas*, El Colegio de México, México, 1978.

explicación de su nueva conducta urbana, una actitud que lo induce a soportar el marginamiento social, el hacinamiento, la subocupación o la ocupación estacional, el bajo nivel de ingresos y la incertidumbre del futuro, con la esperanza de hallar un empleo asalariado estable en la industria y los servicios, rechazando a la vez la posibilidad de convertirse en parte de la mano de obra que reclama el crecimiento de las actividades agrícolas en el distrito de riego. Sin embargo, la posibilidad de transformarlo en obrero o empleado permanente en la ciudad no existe todavía; ha sido negada reiteradamente por la escasa evolución de la estructura productiva. Las obras realizadas en infraestructura para atraer nuevas inversiones no han dado resultado todavía. No arriban nuevas empresas ni se diversifica la estructura ocupacional. Se reproduce una vez más la clásica limitación de la economía de enclave. Las grandes inversiones, eficaces para incrementar la producción en ciertos rubros, no tienen capacidad para generar las condiciones de absorción de la oferta de trabajo regional. Las leyes de reproducción económica de las empresas motrices se oponen objetivamente a las necesidades sociales de la población. En nuestro caso, es necesario demostrar además que también obstaculizan las posibilidades de un cierto tipo de integración regional, a través del cual podrían atemperarse algunos aspectos del círculo vicioso que conduce, simultáneamente, al incremento de la concentración económica y el marginamiento social.

### 3. Las contradicciones del desarrollo regional

Como es sabido, los enclaves urbanos localizados en regiones atrasadas y relativamente aisladas del mercado nacional afrontan graves problemas de abastecimiento. Entre ellos, uno de los que tienen más influencia en la definición del estilo social de desarrollo es el abastecimiento alimentario. Cuando la ciudad y el mercado local crecen aislados, sin establecer ni modificar sustancialmente los flujos de intercambio con su área agrícola circundante, deben recurrir a mecanismos de aprovisionamiento extrarregional sumamente caros y dificultosos, debido a la lejanía de los centros de distribución, a las dificultades del transporte y a la monopolización de los canales de comercialización.

La minuciosa repetición de este modelo en las dos microrregiones ha generado un agudo proceso inflacionario que, según estimaciones realizadas en el lugar, coloca el nivel de precios de los productos básicos en un alto porcentaje por encima del promedio nacional.<sup>8</sup> Esta situación afecta

<sup>8</sup> CONURBAL, *Diagnóstico agrícola de la zona conurbada del río Balsas*. Ciudad L. Cárdenas, 1981, mimeo.

especialmente el nivel de vida de la población de bajos ingresos, es decir, la clase obrera industrial, los empleados del sector servicios y la gran masa marginal con ocupación semipermanente. Sin embargo, al margen de la injusticia social que ello significa, el problema alimentario tiene otro tipo de repercusiones sobre la dinámica del desarrollo regional polarizado. En efecto, eleva el costo de la mano de obra local, lo cual incide indirectamente sobre el tipo de crecimiento industrial, desalienta inversiones de capital en empresas pequeñas y medianas basadas en la utilización de abundante mano de obra y refuerza, al mismo tiempo, el incremento de los elevadísimos niveles de concentración que ahora existen.

El aspecto más evidente de esta relación, que debe ser investigada más profundamente, es el siguiente: si se pagan los salarios que rigen a nivel nacional, se deprecia el valor de la fuerza de trabajo regional por lo menos en un 30%. Con esa disminución reaparece nuevamente el fantasma de la pobreza urbana y la segregación social, situación que sólo se hallan obligados a aceptar los sectores sociales más indigentes y atrasados, que son, a la vez, los menos aptos para adaptarse rápidamente a las nuevas exigencias técnicas y sociales del trabajo industrial. Si para evitar la excesiva descalificación de la mano de obra se elevan los salarios regionales, el costo final de los productos no permitirá, a tasas normales de beneficio para el capital invertido, competir en mercados extrarregionales y obligará a una dura competencia regional con mercancías sustitutivas, provenientes de otros centros de producción. Mientras subsista, entonces, el alto costo y el bajo nivel de calificación de la mano de obra, no habrá regulación del mercado ni incentivo estatal alguno que permita atraer inversiones privadas en escalas de producción de nivel intermedio. Sólo escaparán a esa tendencia las grandes empresas que disponen de mercados cautivos (contratos para la industria de la construcción), las empresas que explotan la renta diferencial de recursos escasos y no reproducibles (industrial turística de Ixtapa-Zihuatanejo) o las grandes inversiones estatales y privadas, con alta composición orgánica de capital y avanzados procesos tecnológicos, donde el costo de la mano de obra, aun la altamente calificada, tenga escasa incidencia en el costo final de las mercancías (Sicartsa y otras).

Para las grandes concentraciones de capital, el problema de los altos costos de la mano de obra y sus consecuencias en la dinámica de desarrollo regional es casi indiferente. Ni los administradores del capital transnacional ni la tecnoburocracia que dirige las grandes empresas del Estado, han demostrado interés en utilizar su indudable poder económico y social para modificar la situación del mercado que ellos han contribuido a crear. Por el contrario, cuando toman decisiones para mejorar las condiciones de consumo local provocan un aumento de las necesidades de importación destinadas, además, a reforzar el aislamiento social de su personal calificado. Crean un enclave social relativamente privilegiado dentro del enclave urbano.

Aunque en muchas circunstancias esa estrategia de importación responde

a condicionamientos objetivos del medio circundante, compuesto por suelos con escasa vocación agrícola y desprovistos de infraestructura, en la microregión de L. Cárdenas la utilización de este criterio carece de todo fundamento. La escasa producción de alimentos básicos que, como veremos más adelante, está agudizando el nivel de disociación entre la ciudad y el campo no obedece, como ocurre en muchos otros entornos polarizados, a la ausencia de infraestructura ni a limitaciones de carácter ecológico. Nuestro conglomerado urbano goza de un alto privilegio; lo rodea un extenso espacio rural excepcionalmente apto para la implantación de cultivos intensivos y dotado de la cantidad de agua suficiente para intentar la producción diversificada de alimentos a bajo costo.

En efecto, la habilitación del distrito de riego puso bajo su jurisdicción 15 mil hectáreas, de las cuales había, en 1978, 8 500 regadas por el sistema de gravedad y 6 500 hectáreas de terrenos altos en proceso de rehabilitación. El agua ha llegado a un gran número de pequeñas propiedades y riega, además, el 70% de la superficie total de labor ejidal. Es indudable que allí están las condiciones naturales para impulsar un importante proceso de transformaciones, tanto en los criterios de uso del suelo como en la introducción de maquinarias y nuevas técnicas para producir los abastos que el consumo urbano necesita.

Sin embargo, las pocas modificaciones producidas en la distribución de los cultivos durante los últimos años presentan un signo exactamente opuesto. El agua es utilizada para aumentar el rendimiento de las plantas existentes, para intercalar las antiguas plantaciones de palma con nuevos tipos de frutales o para desarrollar plantaciones exclusivas de esas especies con el fin de aprovechar la expansión de ciertos mercados extrarregionales. La agricultura intensiva ocupa, en cambio, un espacio insignificante y el área cubierta con cultivos tradicionales decrece en forma alarmante. Los cultivos de ciclo corto son en la actualidad casi inexistentes, ocupan menos del 2% de la superficie total y sólo el 13% de la superficie regada en 1980. Esa cifra representa, por otra parte, un descenso del 300% en un período de sólo tres años. Su participación porcentual en el valor de la producción ha disminuido, consecuentemente, del 9% al 3% en el mismo lapso.

La gradual extinción de la producción de básicos se contrapone, además, con la nueva orientación de los cultivos que ha impulsado la introducción del agua de riego en el entorno microrregional: una definida especialización en la producción de frutas tropicales destinadas al mercado nacional y a la exportación. En efecto, sobre una superficie cultivada total de 6 900 hectáreas, alrededor del 40% corresponde a antiguos palmares, un tipo de plantación que se desarrolla en tierras de humedad con prescindencia casi absoluta del riego. Un tercio adicional de esas 2 500 hectáreas de coco, ha entrado dentro de cierto proceso de modernización y diversificación productiva, incorporando en forma asociada con la palma plantaciones de mango, papaya, limón y especialmente plátano; cubrían en 1980 un poco más de 1 300 hectáreas —el 20% de la superficie sembrada total, de la cual se hallaba regada casi el 60%. A esta nueva línea de

desarrollo agrícola, basada en la intensificación del uso del suelo previamente ocupado con especies tradicionales, debe agregarse un nuevo conjunto de parcelas donde los procesos de cambio han sido aún más radicales; se trata de explotaciones definitivamente frutícolas, sembradas recientemente con plátano, papaya y mango, además de otras especies de menor significación, que cubren en la actualidad casi 2 500 hectáreas —el 35% de la superficie total y el 60% de la superficie dedicada a la fruticultura. El beneficioso resultado económico de esos cambios se observa claramente al analizar la distribución de los valores de producción, donde ese 37% de la superficie netamente frutícola llega a generar casi el 74% del valor total agrícola producido en el distrito de riego. La producción de la copra, en cambio, con el 37% de la superficie compuesta por parcelas sin riego no alcanza a cubrir el 14% del total (cuadros 4 y 5).

Los ejidatarios desempeñan en este proceso un papel fundamental. Se han convertido en los beneficiarios más numerosos del sistema de riego y con ello en protagonistas involuntarios del cambio y la modernización de la producción frutícola. De las 7 500 hectáreas de la superficie bajo riego, los once ejidos existentes en la microrregión absorben casi 5 500 hectáreas, y el 76% de las explotaciones ubicadas dentro del área habilitada en los últimos años. La transformación técnica dentro del universo campesino ejidal ha provocado la aceleración inevitable de una tendencia que generalmente la acompaña: el cambio de la antigua fisonomía social provocado por la diferenciación y polarización del régimen de tenencia de la tierra. En el cuadro 6 se observa, en efecto, que 127 ejidatarios acomodados, con parcelas de más de 10 hectáreas, controlan el 37% de la tierra disponible, 5 hectáreas, que significan el 65% del total, reúnen apenas el 37% de la superficie. Entre ambos permanece indefinido, todavía, el resto: 220 campesinos medios que absorben el 30% de la superficie total.

La evidencia de ese nivel de concentración es sin embargo insuficiente. Por debajo de esa apariencia se ha desarrollado un verdadero proceso de acaparamiento de tierras, imposible de medir, que se dirige en dos direcciones: por un lado, los campesinos ejidatarios prósperos, gérmenes de pequeños empresarios, absorben tierras de pequeños campesinos o compran y arriendan tierras de propiedad privada; por otro lado, los propietarios privados, junto con comerciantes acaparadores u otra clase de inversionistas urbanos, compran o arriendan derechos de uso dentro del ejido a los campesinos más pobres.<sup>9</sup>

Como producto de este mismo proceso, los campesinos más pobres están siendo desplazados hacia las tierras de temporal; ocupan una buena parte de las 3 500 hectáreas ubicadas en zonas altas, lomeríos que impiden el riego por sistema gravitatorio y exigen instalaciones especiales de bombeo que no pueden financiarse sin ayuda de los organismos del Estado. En el área de riego, además, las explotaciones de menos de 5 hectáreas que

<sup>9</sup> Christian Mercier, *op. cit.*, *Urbanization et changement...*

ocupan el 37% de la superficie total, concentran más del 50% de las tierras de temporal. Junto a ellos subsisten los campesinos medios tradicionales, que logran sobrevivir, todavía, combinando la comercialización de la copra con algunos cultivos de subsistencia o con pequeños planteles ganaderos. Los campesinos pobres, predominantemente temporaleros aunque sus parcelas tengan posibilidades de riego, están corriendo el riesgo de desaparecer, se van transformando en semiproletarios, nuevos sujetos que emplean cuando pueden el tiempo muerto de las labores agrícolas en otras actividades urbanas; o se convierten, también, en campesinos arrendadores de sus pequeñas parcelas a la actividad expansiva del capital comercial, capitalistas y agricultores de "la tierra caliente" michoacana, que dominan desde hace tiempo el mercado y los métodos de producción adecuados para aumentar los rendimientos de la tierra bajo riego. En el otro extremo, los campesinos acomodados adoptan, a su modo, nuevos métodos e introducen nuevos cultivos en forma independiente o apoyados por el crédito oficial y las oficinas técnicas de fomento a la producción frutícola. Han comenzado a generar significativos volúmenes de excedentes y, aunque el capital comercial se apropia de una buena parte de su ganancia, han entrado en un destacado proceso de capitalización interna que se expresa, entre otras cosas, en la introducción de tecnología que ahorra mano de obra.

Evolución hacia la fruticultura tropical, modernización y diferenciación campesina y desarrollo de nuevas formas empresariales capitalistas son, entonces, tres procesos estrechamente vinculados entre sí. Los nuevos criterios de organización del trabajo, de orientación de la producción, de inversión de capital, de utilización del crédito, de vinculación con el mercado, etcétera, han comenzado a avanzar aceleradamente dentro del contexto anterior caracterizado por un predominio absoluto de las economías campesinas tradicionales.

No obstante, tanto el crecimiento económico como la transformación social del sector agrario se están realizando en oposición a las necesidades objetivas de abastecimiento local y a las posibilidades de articulación regional (cuadro 7). Ante la evidencia, una pregunta resulta inevitable ¿por qué razón los agricultores no aprovechan el mercado que tienen a su disposición y utilizan sus recursos para suplantar la importación extraregional de alimentos? La explicación parece hallarse nuevamente en la influencia que la dinámica del enclave urbano ejerce sobre su entorno inmediato.

En efecto, la introducción del agua en las parcelas ha incrementado los rendimientos físicos de la tierra. Pero ello no significa un aumento equivalente de los rendimientos económicos si no se abaratan los costos de producción, especialmente los insumos y la mano de obra asalariada que se han visto afectados por la elevación de precios a nivel regional. La mano de obra, además, es escasa, y se orienta hacia las actividades urbanas donde se pagan mejores salarios y se brindan mejores condiciones de trabajo. La notoria escasez de jornaleros agrícolas y el alto precio de los insumos

necesarios para introducir cultivos intensivos crean enormes obstáculos, además del crédito y la comercialización, al proceso de valorización del capital invertido en el campo. Influye en los criterios de elección de los cultivos, en las formas de organización del trabajo y en la adopción de las alternativas tecnológicas destinadas a incrementar la productividad de las explotaciones. La búsqueda inevitable de la ganancia a través de los precios de mercado se halla en el origen de las estrategias de desplazamiento hacia la producción de frutas tropicales.

Las variadas formas de asociación entre las antiguas plantaciones de coco y otros árboles frutales, la "fiebre" por implantar extensiones cada vez mayores de papaya, etcétera, son respuestas coherentes desde la óptica empresarial y aun campesina. Responden a la imposibilidad de competir en el mercado con los productos de cultivos intensivos provenientes de otras regiones. Con las plantaciones de papaya se aprovechan, en cambio, ventajas comparativas que permiten un rápido proceso de acumulación. Aprovechar ventajas comparativas supone, al mismo tiempo, sortear exitosamente las limitaciones estructurales que le impone la región para invertir en insumos excesivamente caros y para explotar a su conveniencia la mano de obra asalariada.

Ante la imposibilidad de generar excedentes por la combinación intensiva de capital y trabajo, se buscan los mismos resultados tratando de obtener, con ciertos productos, ingresos en forma de renta diferencial de la tierra. Pero la renta diferencial se obtiene —vía precios— en mercados extra-regionales, nacionales o extranjeros, y tiene como condición, además, la necesidad de adecuar los métodos de producción para lograr un alto nivel de producción tanto en el volumen como en la calidad que exige cierto tipo de consumo sofisticado, ubicado en los grandes centros metropolitanos. De ahí la clara tendencia que se observa hacia la modernización y tecnificación de este tipo de explotaciones; un proceso de incorporación de maquinaria agrícola que tiende más a la elevación de la productividad del suelo que al ahorro de la escasa mano de obra existente.

Visto desde la perspectiva del técnico o el planificador, estos criterios desaprovechan los recursos potenciales del suelo en las zonas irrigadas y complican los problemas de abastecimiento y precios en el mercado regional. Desde el punto de vista de la necesidad de abrir un canal alternativo a la inversión de capital en el campo, parece ser una conducta empresarial coherente para superar las trabas objetivas que le impone el contexto regional.

Si lo anterior es cierto, surge necesariamente una conclusión general que deberá ser profundizada con nuevas investigaciones. La dinámica del enclave urbano no es indiferente ni impotente para propiciar formas de articulación y expansión de su ámbito regional. Su influencia es mucho más perniciosa en la medida en que genera las condiciones que impiden la iniciación de ese proceso cuando la expansión de las actividades productivas se halla regulada casi exclusivamente por las relaciones de mercado. El enclave necesita ciertas transformaciones en la economía agraria

circundante, pero su sola presencia, su estilo de desarrollo, las orienta en sentido contrario, las desvirtúa y refuerza de ese modo la naturaleza de sus propias limitaciones.

Esta contradicción entre el enclave y su contexto adquiere en nuestra región una forma particular de oposición entre los intereses privados de los productores agrícolas y los intereses sociales del conjunto de la población. El efecto visible de la contradicción es la elevación de los precios por insuficiencia de abastecimiento regional, pero el efecto encubierto por la normal regulación del mercado es, por un lado, la imposibilidad de diversificar y ampliar las inversiones y las ocupaciones industriales, y por otro lado la inadecuada utilización de los recursos naturales para aprovechar la potencialidad productiva que ha creado la instalación del distrito de riego.

La monoproducción de frutas tropicales para la exportación actúa contra el mercado regional como si ella fuera, al igual que las grandes concentraciones de capital, un nuevo enclave que viene a reforzar todos los vicios y las limitaciones de su origen. ¿Una microrregión doblemente polarizada? La proposición es seguramente exagerada, pero el uso del nombre, aunque no del concepto, nos permite llamar enfáticamente la atención sobre las consecuencias de una estrategia de desarrollo regional que ha demostrado una vez más sus insuperables limitaciones para aportar soluciones adecuadas a las reales necesidades del país.

Cuadro 1  
EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA MICRORREGIÓN LÁZARO CÁRDENAS, DURANTE EL PERÍODO 1950-1978

Localidades	Volumen de población				Participación de localidades en el conglomerado urbano				Distribución urbano-rural			
	1950	1960	1970	1978	1960	1970	1978	1978	1960	1970	1978	1978
					%	%	%	%	%	%	%	%
Lázaro Cárdenas	847	1 906	4 766	48 004	60.0	34.0	60.3	60.3	.....	.....	.....	.....
Las Guacamayas	166	271	5 311	16 137	7.8	40.0	20.3	20.3	.....	.....	.....	.....
La Mira	429	342	1 690	9 820	10.0	12.7	12.3	12.3	.....	.....	.....	.....
Playa Azul	360	943	1 328	4 057	22.2	10.0	5.1	5.1	.....	.....	.....	.....
La Orilla	...	...	168	1 600	—	1.3	2.0	2.0	.....	.....	.....	.....
Conglomerado urbano	1 802	3 467	13 263	79 618	100.0	100.0	100.0	100.0	45.7	68.1	88.7	88.7
Acapulcán	—	282	446	782	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Buenos Aires	—	436	489	1 146	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
El Bordonal	304	289	537	725	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
El Habillal	438	686	1 106	1 678	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Las Calabazas	—	477	303	402	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
El Naranjito	586	598	645	1 012	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Huaricho	—	147	296	301	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
San Francisco	—	222	179	356	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Zacatula	440	665	1 138	1 205	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Sorcua	—	53	548	1 004	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Toluquilla	—	—	—	230	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Petalcalo	130	262	509	1 218	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Poblado Rural	1 898	4 117	6 196	10 059	.....	.....	.....	.....	54.3	31.9	11.3	11.3
Microrregión	3 700	7 584	19 459	89 677	.....	.....	.....	.....	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTES: Censos Nacionales de Población, años 1950, 1960, 1970. Censo de la Comisión Nacional de Erradicación del Paludismo, año 1978.

Cuadro 2

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA EN LA MICRORREGIÓN LÁZARO CÁRDENAS. AÑO 1970

Localidades	PEA 1970	Sector I		Sector II		Sector III	
		Nº	%	Nº	%	Nº	%
Lázaro Cárdenas	1 253	646	51.6	227	18.1	380	30.3
Las Guacamayas	1 444	398	27.6	804	55.7	242	16.7
La Mira	367	254	69.2	47	12.8	66	18.0
Playa Azul	367	207	56.4	53	14.4	107	29.2
La Orilla	62	—	—	62	100.0	—	—
Conglomerado urbano	3 493	1 505	43.1	1 193	34.1	795	22.8
Acapilcán	98	91	92.9	1	1.0	6	6.1
Buenos Aires	121	113	93.4	1	0.8	7	5.8
El Bordonal	135	132	97.8	1	0.7	2	1.5
El Habillal	316	264	83.6	13	4.1	39	12.3
Las Calabazas	70	60	85.4	2	3.3	8	11.3
El Naranjito	131	103	78.6	8	6.1	20	15.3
Huaricho	71	66	93.1	1	1.6	4	5.3
San Francisco	45	45	100.0	—	—	—	—
Zacatula	298	163	54.7	15	5.0	120	40.3
Sorcua	133	121	91.3	2	1.5	10	7.2
Toluquilla	—	—	—	—	—	—	—
Petalcalco	109	96	88.1	2	1.7	11	10.2
Poblado rural	1527	1 254	82.1	46	3.0	227	14.9
Microrregión	5 020	2 759	55.0	1 239	24.7	1 022	20.3

FUENTE: Censo Nacional de Población, año 1970.

Cuadro 3

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA EN LA MICRORREGIÓN LÁZARO CÁRDENAS. AÑO 1978

Localidades	PEA 1978	Sector I		Sector II		Sector III	
		Nº	%	Nº	%	Nº	%
Lázaro Cárdenas	18 857	697	3.7	12 106	64.2	6 053	32.1
Las Guacamayas	5 713	251	4.4	3 444	60.3	2 016	35.3
La Mira	2 750	819	29.8	1 193	43.4	737	26.8
Playa Azul	1 440	189	13.1	678	47.1	573	39.8
La Orilla	429	—	—	429	100.0	—	—
Conglomerado urbano	29 188	1 956	6.31	17 850	61.6	9 379	32.1
Acapilcán	188	124	66.2	20	10.7	44	23.2
Buenos Aires	296	201	68.2	62	20.8	32	11.0
El Bordonal	189	139	73.9	18	9.4	32	16.7
El Habillal	484	299	61.7	99	20.4	86	17.9
Las Calabazas	105	69	65.3	6	6.0	30	28.7
El Naranjito	330	79	23.9	108	32.7	143	43.4
Huaricho	82	54	66.1	5	5.6	23	28.3
San Francisco	111	64	57.5	41	37.3	6	5.2
Zacatula	354	85	23.9	98	27.6	171	48.5
Sorcua	277	176	63.4	33	12.1	68	24.5
Toluquilla	60	42	69.8	6	9.9	12	20.3
Petalcalco	336	107	31.8	182	54.1	47	14.1
Poblado rural	2 812	1 439	51.2	678	24.1	694	24.6
Microrregión	31 998	3 395	10.8	18 528	57.9	10 073	31.3

FUENTE: Estimación basada en datos de "Dinámica de la población en la región de la desembocadura del río Balsas", FIDELAC, año 1976.

Cuadro 4

USO DEL SUELO EN EL DISTRITO DE RIEGO J. M. MORELOS.  
AÑOS 1977 A 1980

Cultivos	SUPERFICIE SEMBRADA					
	ciclo 1977/78		ciclo 1978/79		ciclo 1979/80	
	Hs	%	Hs	%	Hs	%
Palma de coco	2 650	34.8	2 751	38.1	2 576	35.9
Coco/plátano	1 050	13.8	1 100	15.2	1 468 <sup>1</sup>	20.6
Frutales	2 080	27.3	2 408	33.3	2 433	34.0
plátano	130		150		172	
papaya	187		340		326	
mango	1 350		1 400		1 149	
otros	413		518		786	
Cultivos de						
ciclo corto <sup>2</sup>	1 834	24.1	964	13.4	681	9.5
riego	1 200		694		275	
temporal	634		270		406	
TOTAL	7 614	100.0	7 223	100.0	7 158	100.0

<sup>1</sup> Incluye 332 hectáreas de coco asociado con otros frutales.

<sup>2</sup> Incluye: maíz, frijol, sorgo, jitomate y sandía.

FUENTE: Distrito de riego J. M. Morelos, cálculo de la producción agrícola, 1978 a 1980.

Cuadro 5

VALOR DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA EN EL DISTRITO DE RIEGO J. M. MORELOS.  
AÑOS 1977 A 1980

Productos	VALOR DE LA PRODUCCIÓN (miles de \$)					
	ciclo 1977/78		ciclo 1978/79		ciclo 1979/80	
	\$	%	\$	%	\$	%
Palma de coco	21 619	20.5	33 667	23.3	48 680	13.8
Coco/plátano	44 257	42.0	67 227	46.5	159 551	45.4
Frutales	29 169	27.7	34 928	24.2	131 451	37.4
plátano	3 578		5 372		11 115	
papaya	3 402		7 848		19 836	
mango	17 280		19 264		79 200	
otros	4 909		2 444		21 300	
Cultivos de						
ciclo corto	10 344	9.8	8 544	5.9	12 084	3.4
riego	8 573		7 481		7 361	
temporal	1 771		1 063		4 723	
TOTAL	105 389	100.0	144 366	100.0	351 776	100.0

FUENTE: *Idem* cuadro 9.

Cuadro 6

RÉGIMEN DE TENENCIA DE LA TIERRA EN EL DISTRITO J. M. MORELOS.  
AÑO 1978

<i>Extensión Hs</i>	EJIDATARIOS				P. PROPIETARIOS			
	<i>Explotaciones Hs</i>	<i>%</i>	<i>Superficie Hs</i>	<i>%</i>	<i>Explotaciones Hs</i>	<i>%</i>	<i>Superficie Hs</i>	<i>%</i>
0—5	655	65.3	2 870	36.6	196	61.8	732	23.2
5.1—10	220	22.0	2 013	35.7	59	18.6	567	18.0
10.1—20	97	9.7	1 624	20.7	34	10.7	664	21.0
20.1—50	30	3.0	1 324	17.0	25	7.9	888	28.2
50.1—100	—	—	—	—	2	0.6	142	4.5
100, +	—	—	—	—	1	0.3	154	5.1
TOTAL	1 002	100.0	7 831	100.0	317	100.0	3 147	100.0

FUENTE: *Idem* cuadro 8.

Cuadro 7  
 DÉFICIT DE ABASTECIMIENTO, PROYECCIÓN DE LA DEMANDA Y SUPERFICIE AGRÍCOLA NECESARIA PARA PRODUCIR  
 ALGUNOS ALIMENTOS BÁSICOS EN LA REGIÓN ZIHUATANEJO-L. CÁRDENAS

	Maíz	Frijol	Jitomate	Chile	Plátano	Limón	TOTAL
Estimación del déficit en 1980							
Consumo per cápita (Kg)	109,5	20,8	20,8	4,9	10,4	10,4	.....
Oferta (Tn)	8 711	221,2	185,0	---	54 642,0	570	.....
Demanda (Tn)	14 050	2 669,0	2 669,0	628,7	1 334,5	1 334	.....
Déficit (Tn)	-5 339,5	-2 447,8	-2 484,0	-628,7	+ 53 307,5	-764,5	.....
Proyección de la demanda futura (Tn)							
Año 1990	3 948,3	7 338,4	853,7	1 742,9	3 699,2	3 699,2	.....
Año 2000	65 439,5	17 430,6	1 434,3	2 928,5	6 215,3	6 215,3	.....
Superficie agrícola necesaria para satisfacer la demanda con base en el nivel de productividad actual regional (Hs)							
Año 1980	15 525	8 117	504	123	35	178	24 482
Año 1990	43 036	22 694	4 398	342	98	493	68 061
Año 2000	72 308	38 130	2 349	575	164	828	114 354
Superficie agrícola necesaria para satisfacer la demanda con base en el nivel de productividad nacional (Hs)							
Año 1980	7 893	4 853	209	124	35	133	13 247
Año 1990	21 881	13 452	575	343	98	370	36 717
Año 2000	36 764	22 601	963	576	164	622	61 690

FUENTE: CONURBAL, Diagnóstico agropecuario 1980, mimeo., cuadros 10 a 14.